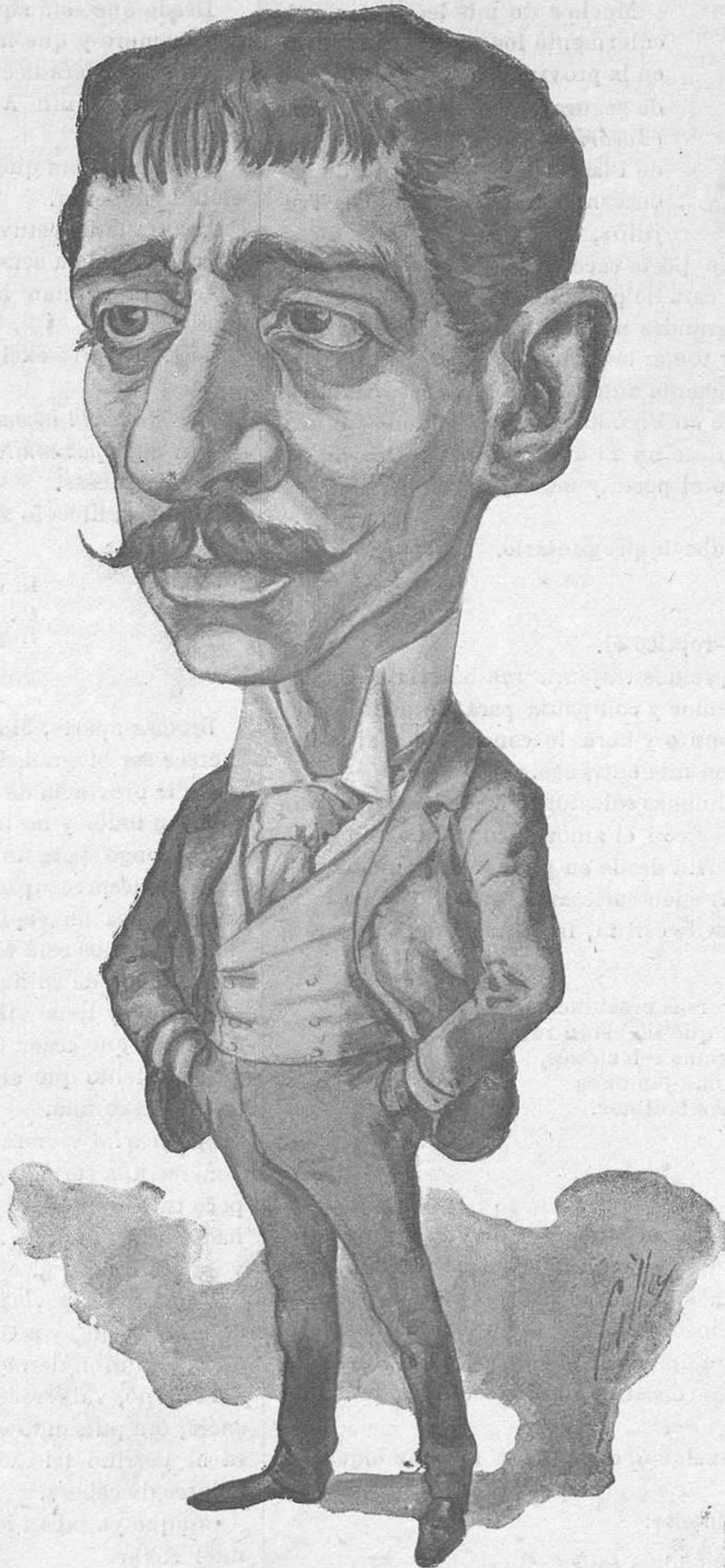


Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(Julio Ruiz.)



—Yo tengo talento, tengo facultades;
pero... aunque son firmes y aunque no se acaban,
me las oscurecen las... *genialidades*
¡que algunos me alaban!

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Un herido de Cuba, por Juan Pérez Zúñiga.—Palique, por *Clarín*.—Menudencias, por Felipe A. de la Cámara.—Sombrecito de paja, por Eduardo de Palacio.—Recuerdo que ofende, por Luis de Ansorena.—Fruslerías, por Claudio Lozano.—Al Sr. D. Angel R. Chaves, por Manuel Revilla Castán.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas: Julio Ruiz.—Más apuntes de Figueira (ocho viñetas)—Tipos portugueses.—La prensa en Portugal.—La prensa en España, por Cilla.



DE TODO UN POCO

(TOVARITO EN ESPINHO)

Muchos de mis lectores, particularmente los que hayan nacido en la provincia de Cáceres, sabrán de seguro quién es Manuel Tovar (*Tovarito*), conocido por el «vate de Plasenzuela», el «cisne de Aldeacentenera» ó el «bardo de Trujillo», que con todos estos dicta-

dos designa España al ilustre poeta cacereño.

Tovarito, alma de fuego y cara de panecillo francés, vino á este oajo mundo á realizar tres grandes misiones: pulsar la cítara, establecer el tuteo universal y tomar las aguas de Mondariz.

De cómo le conocí he dado cuenta antes de ahora en las columnas de *El Imparcial*. Hallábame en Figueira da Foz, sentado junto á la ruleta, esperando que viniese un 23 á labrar la ventura de mi familia, cuando se me acercó el poeta y me dijo:

—¿Eres Taboada?

—Sí, ¿y tú quién eres?—hube de preguntarle.

—Yo soy *Tovarito*.

—No te conozco.

—Ya me irás conociendo—replicó él.

Y efectivamente, mandó que nos trajeran una botella de Champagne y nos la bebimos en amor y compañía para humedecer las amistades, y desde aquel punto y hora le conocí como si le hubiese llevado nueve meses en mis entrañas.

De entonces acá nuestras buenas relaciones no se han interrumpido un solo día. Nos amamos con el amor puro de dos almas gemelas, y él me escribe á Madrid desde su paraíso extremeño y yo le contesto desde Madrid, mi edén cortesano.

En sus cartas hay protestas de cariño, frases de infinita ternura y versos armoniosos.

Y en diversas ocasiones me prueba que no están rotas nuestras gratas relaciones, remitiéndome jamones y dulcísimas bellotas.

Para que Espinho completara su colección de veraneantes distinguidos, faltábale una figura, y apareció Tovar, procedente de Mondariz, acompañado de unas preciosas alforjas y de un secretario particular no menos precioso. Llámase este distinguido *sportman* Germán Serrano, hombre fino é inteligente, y tan pulcro en el vestir, que se compra una corbata y duerme con ella para que no se le deshaga el lazo.

—¡Tovar!... ¿Tú aquí?—exclamé conmovido al verle bajar del tren la otra tarde.

Y él me contestó cariñosamente:

—Se considera feliz porque te puede abrazar el vate Manuel Tovar, que viene de Mondariz.

A lo cual repliqué yo, con mi natural inspiración y mis correspondientes rípios:

—Toma el alma *apasionada* que ofrece *sin vacilar* á Manolito Tovar su buen amigo Taboada.

Y nos confundimos en un abrazo.

La presencia de Tovar en Espinho ha causado mucha sensación.

Todos sus paisanos de la provincia de Cáceres y algunos de la de Badajoz han acudido á la fonda donde se hospeda el trovador, gloria de Extremadura.

Al principio se pensó en darle una serenata, pero para no provocar celos ni producir conflictos internacionales, fué necesario renunciar á este agasajo lírico; otro poeta de la Bazagona, que está aquí tomando baños, le dedicó la siguiente redondilla:

Es modesto, es elegante,
cariñoso y sin alifio,
con la dulzura del niño
y la voz del elefante.

Desde que está aquí Tovarito parece que los pájaros cantan con más esmero y que la naturaleza sonrís satisfecha de sí misma, como si quisiera decir:

—¡Olé por mí! Ahí está Tovar, que es obra mía. ¡Véase la clase!

Adonde quiera que Tovar dirija los pasos, le sigue la admiración de la gente.

La otra tarde estuvo en los toros, y su entrada en el palco produjo grandísima sensación.

—Es él—decían las jóvenes bonitas, flechándole con los gemelos.

—¡Es Tovar!—exclamaban los hombres, envidiosos de su popularidad.

—*E un poeta incomensuravel*—murmuraban los portugueses.

—*E un rapaz muito lindo. Nos seus ollos mora a poesia*—decían las portuguesas.

Y Tovar, filósofo siempre, se limitaba á decirme en voz baja:

—Ni es efectiva la gloria,
ni el cielo es puro ni azul.
¿Qué es este mundo? Un baúl
lleno de trapos y escoria.

Bromas aparte, Manuel Tovar es una figura originalísima, que merece ser biografiada por un observador.

En la provincia de Cáceres, donde goza de gran popularidad, le conocen todos y no le ha estudiado nadie.

Yo tengo para mí que el famoso Tovar, con su apariencia de hombre despreocupado, su odio á la corbata y sus formas extravagantes, es un espíritu burlón que se ha puesto el mundo por montera y nos está tomando el pelo.

En medio de su fingida indiferencia, nótanse en él condiciones excelentes y tiene más sensibilidad que muchas de esas señoritas nerviosas que «caen con la convulsión» cuando las deja el novio, y más talento que algunos de los que han sido en España ministros de la corona.

Si *Tovarito* viviera en Madrid y quisiera figurar y se decidiese á ponerse una corbata y á comprarse una chistera, llegaría con muy poco trabajo á la Academia de Ciencias Morales y Políticas, al Senado, á la Junta de Aranceles, al Consejo de Instrucción pública y quizás quizás al ministerio de la Gobernación.

Y entonces le veríamos á él, con su gabán de pieles, arrellanado en el coche, y á Germán convertido en subsecretario, con chaquet, pantalón de rayas y botines blancos.

Pero no, vale más que *Tovarito* continúe viviendo en Plasenzuela, ora pulsando el laud, ora contemplando con mirada cariñosa al gorrino triscador (*ora pro nobis!*), y así se evitará muchos dolores de cabeza.

Conque ya saben los lectores de MADRID CÓMICO quién es Manuel Tovar.

Hay un número infinito de poetas de alquiler que ya quisiera valer lo que vale *Tovarito*.

Luis Taboada.

Un herido de Cuba.

Llegó el miércoles pasado un sujeto á mi morada con la cabeza vendada y el traje deteriorado. Quién era le pregunté y él respondió compungido: —Don Juan, yo soy un herido de Cuba.

—¿Sí? Pase usted.
—Usted, además de escritor, es filántropo, ¿verdad? Pues deme por caridad...
—¿Un socorro?
—Sí, señor.
—¿Dónde le hirieron á usted?
—¿Que dónde? En la sien derecha. ¡Oh! Me hicieron una brecha por donde cabía un pie.
—Bien; no quiero decir eso. Dónde... vanios, en qué punto de Cuba fué, le pregunto.
¿Acaso fué en Cayo Hueso?
—Como herido por un rayo caí al golpe, ¿sabe usted? Ahora, el hueso en donde fué

no sé si se llama *cayo*.
—¿Y usted es sargento?
—¡Las ganas!
—¿Quizás cabo?
—Lo que soy es barítono, y estoy parado hace tres semanas. Ya no tengo qué vender, ni me queda qué empeñar, y le vengo á preguntar si me puede socorrer.
—¿Y esa herida incomprendible...
—Eso es que me ha tropezado un aguador, y me ha dado con la cuba un golpe horrible.
—¡Y yo que de buena fe le oí!... ¡Vaya un capricho!
¿Conque usted no es lo que ha dicho?
—¡Largo de aquí!
—¡Sí me iré; mas aunque merezco yo que usted á la parra se suba, soy un herido de Cuba.
—¡No me diga usted que no!

Juan Pérez Zúñiga.

PALIQUE

¿Se pagarán las *interviews* á tanto la línea?
¿Si serán una forma del reclamo y no lo habremos conocido?
Hasta á D. Alberto Bosch le han ido á preguntar lo que opinaba de las circunstancias actuales de la política española.
¿Y qué dijo Bosch?...
¡Ah! Dijo:
«El partido conservador, como toda persona jurídica...»
De modo que Bosch cree que un partido político es una persona jurídica. Lo cual prueba que ese ex ministro de Fomento, abogado, según creo, doctor con una porción de borlas, ingeniero, etc... no sabe lo que es persona jurídica.
¿Se atrevería Bosch á presentar una demanda en nombre del partido conservador?
¡La ignorancia de cuántas cosas supone ese gazapo de llamar persona jurídica á un bando político!
¡Y del que tanto ignora hacemos aquí un ministro, un personaje!
¡Pobre España!

**

A quien hay que ver es al pobre Calínez Ledesma haciéndole competencia al obispo de Sión en eso de echar memoriales póstumos á Cánovas, para que les dé la mano, aun después de muerto. El obispo de Sión quiere la mitra de Madrid; el jesuita de chaqueta Calínez se contentará con una sacristía.

El pobre Calínez, el de la testuz grotesca, quiere que le den algo caliente, y aprovechando la ocasión de que ahora no se habla mal de Cánovas, porque sería feo... se pone á retratarlo... en caricatura, creyendo halagar así á los rientes y amigos del difunto.

Los más indiscretos panegiristas de Cánovas han tenido estos días la suficiente discreción para pasar como sobre brasas por encima de los méritos literarios del famoso ministro.

Pero Ledesma, con un valor grotesco, que hasta parece mala intención, se atreve á decirnos que Cánovas fué ante todo literato, poeta, y que si no fué gran pintor fué porque no quiso. Dice que su fama de hombre político pasará, y quedará su fama de escritor.

No diría otra cosa Angiolillo para disparar el cuarto tiro á su víctima.

Si no fuera que las circunstancias de Calínez no dejan dudar de la sinceridad del bombo, cualquiera creería que se estaba burlando.

Según Calínez, Cánovas mostró ser un poeta «de los grandes, de los altos, de los que resisten á todas las comparaciones», (v. gr. con Homero) en estos versos:

¿Del monte siempre á la llanura abierta
ó del llano á la cumbre iré cruzando
tras de la luz del horizonte yerta?

Es natural que al de la testuz grotesca le parezca pasmosa la luz del horizonte yerta; y la llanura abierta...

¡Pobre Navarro Calínez! Tonto y loco en una pieza.

Y por supuesto, todo el artículo de Navarro Calínez tiene por objeto indirecto (el directo y principal es adular... y lo que se sabe) mortificar á Clarín sin nombrarle, por supuesto, porque el señor y dueño que le paga, si es quien yo creo, no le consentiría atacarme claramente.

Y, por supuesto, este Calínez que, con su firma, adula así á Cánovas, se burlaba de él, sin firmar, todos los días, en el *Gedeón*.

Porque hay críticos satíricos así; que creen que el anónimo se hizo para maltratar á los que valen, aunque se crea en su mérito; para decir lo que no se siente.

Cuando Calínez maltrataba á Cánovas lo hacía por adular al público.

Ahora, con su firma, pone por las nubes lo que ayer despreciaba, por halagar á los herederos de Cánovas.

Como yo fui para él el *ilustre autor de la Regenta*... hasta que le llamé majadero.

Y ahora soy un criticastro. Hasta otra, mal bicho.

Clarín.

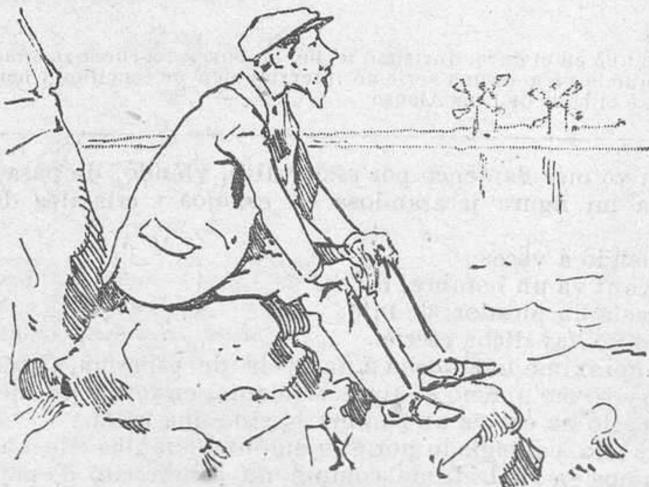
Menudencias.

¡Vaya un sombrero florido
el de mi amiga Socorro!
Hasta verdura en el gorro,
¡y qué poca en el cocido!

¿Me dices si estoy enfermo?
¿que tengo blancos los labios?
¡Es claro, como te pones
el rostro tan empolvado!

Felipe C. de la Cámara.

Más apuntes de Figueira.



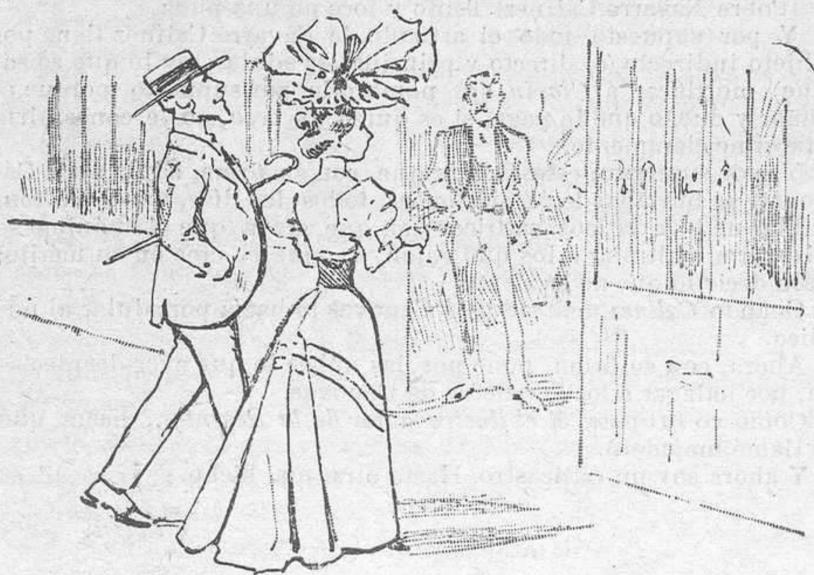
Á pesar de las noticias de terrible revolución y próximo derramamiento de sangre que por acá circulan, vivimos exentos de *temor insano*, ora contemplando el mar desde la empinada roca,



ora dedicados á la pintoresca y variada ocupación de la pesca, persiguiendo con increíble saña el camarón sabroso y sencillo.



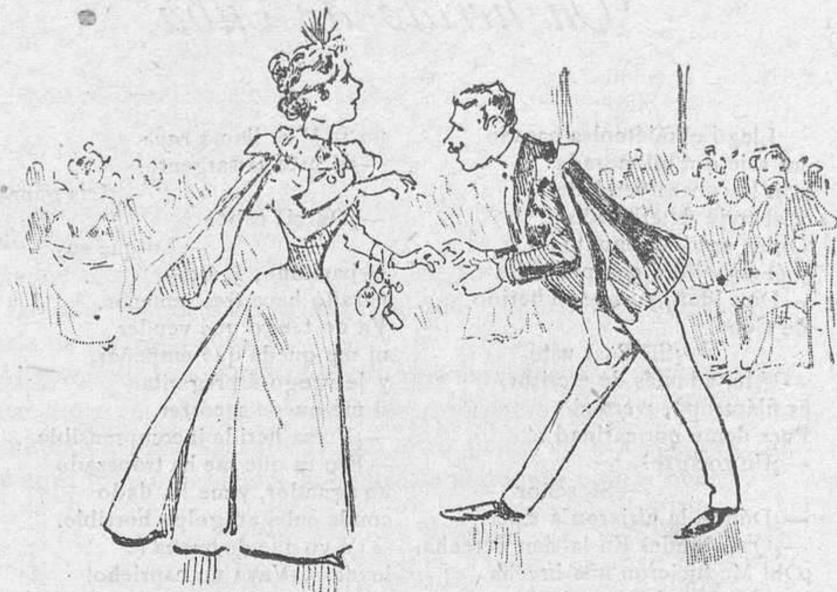
[[Al salir del baño, y con todo el delicioso abandono propio de la salida del mar, se baila con afán y rollo hasta la hora del almuerzo.



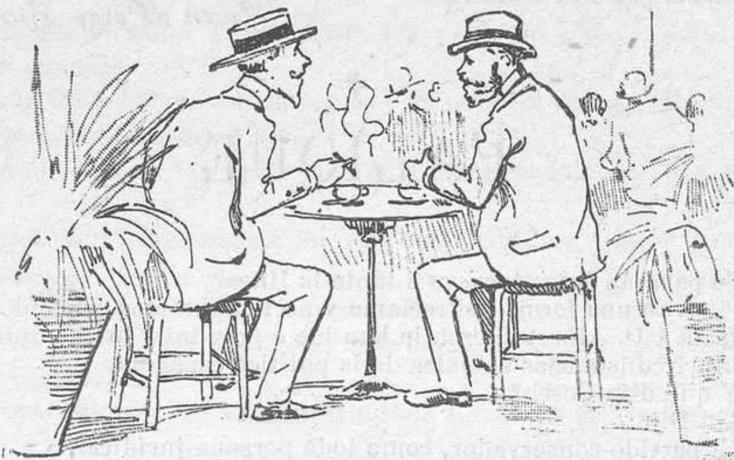
Terminado el cual, se viste uno con cierta coquetona elegancia (porque no sólo en Espinho hay lujo, ¡sépalos Taboada!) y se va uno al casino, donde hay concierto y... algo de baile, si viene á mano.



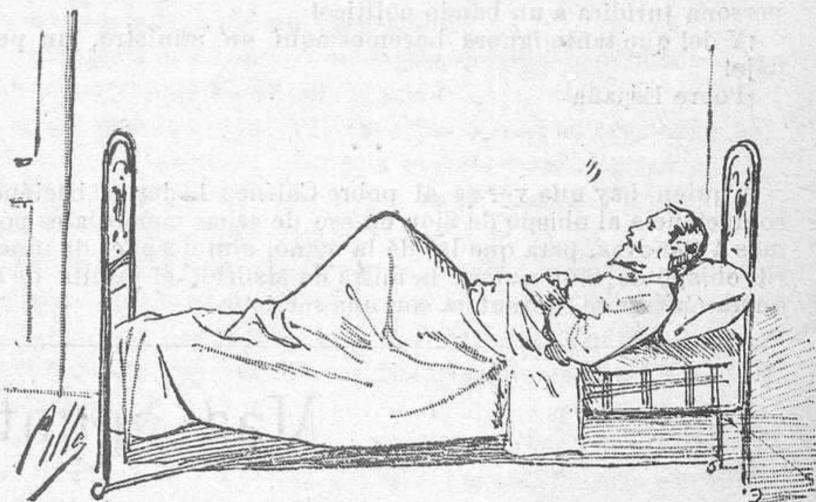
Se vuelve á casa, se pone uno otro traje de menos pretensiones y se va uno al campo á comer la modesta tortilla contemplando el bello panorama de los montes. Sin perjuicio de bailar luego un rato sobre el mullido césped.



Después se vuelve á comer en serio, y al casino otra vez á extasiarse con el rápido vals, el distinguido rigodón y hasta el cotillón elegante uno que otro domingo.



Después del baile se toma el te y se fuma un charuto malo (¡eso sí, muy malo!) mientras se comenta si las de Fulánez iban más elegantes que las de Mengáñez, ó las de Zutano mejor vestidas que las de Perencejo.



Y cae uno en el duro, durísimo lecho, en busca del sueño reparador, y pensando que la vida es una serie no interrumpida de sencillos y honestos placeres... ó el baile de Luis Alonso.

¿Sombrerito de paja?

Nunca más.

Es muy elegante y muy cómodo, en opinión de los inteligentes en paja.

Y este año le usan todos los chicos del golfis club.

Pero ni por esas.

Cada hombre tiene su sino, y el mío no es el de usar sombrero de paja.

Mi amigo Gaspar Abati me regaló uno, superior, de príncipe emigrado: negro, fino, de horma cordobesa ó sevillana, ala ancha y plana y bajo de copa.

¡Iba yo más flamenco por esas calles, viendo, de pasada, reproducida mi figura jacarandosa en espejos y cristales de escaparates!

Diciendo á voces:

—Aquí va un hombre, niñas.

Parecía un picador, de luto.

Pero no hay dicha eterna.

Me aproximé una noche á una vela de esperma, para leer una carta, y se me quemó el ala por delante, en forma de media luna.

Aquello no era ya un sombrero, sino una bacía.

Este año, contagiado por el ejemplo de tantos elegantes como quedamos en Madrid, me compré un sombrerito de paja blanca, no sé si de Italia ó de Bayreuth.

Precioso, de alita plana y estrecha, con su cinta negra y su lazo.

Dudé si añadirle una pluma ó un llorón para imponer la moda. En viéndome, se hubieran empenachado todos los jóvenes de buena familia con plumas.

— Es muy ligero y muy fresco— opina un aficionado á paja.

—Y que tiene usted sombrero para dos ó tres años—dice otro amigo.

—No lo permita Dios.

—Ya lo verá usted—insiste otro señor.—Este le estrené yo hace cinco años.

—Crea usted que los representa.

—Y tengo en casa, en la mesa del despacho, la copa de otro sombrero, para guardar monedas de plata.

—¿Como esportillo? Es el porvenir de todos estos sombreros.

Un sombrero de paja es un compromiso para cualquier hombre pacífico.

En día de viento, ó se ata uno el sombrero como los curas rurales cuando van de un pueblo á otro se atan la teja con un pañuelo de yerbas, ó se despide de tapadera hasta que dé la vuelta al mundo.

En tiempo lluvioso es como llevar un colador en la cabeza llevar sombrero de paja.

Debería formarse una sociedad de seguros contra incendios de sombreros de paja, porque arden muy fácilmente.

Es indispensable la limpieza diaria de los interiores del sombrero, porque en descuidándose, por poco que sea, se inunda de chinches y «es un regalo», como dicen los loros.

Un hombre chiquitín con sombrero de paja parece un niño que va á clase.

Hombre gordo y panzudo con sombrerito de paja es una visión horrible.

Parece un cerdo— dicho con perdón—engalanado para la matanza ó para la rifa.

¿Y los peligros á que se expone un individuo que use el sombrero de paja, dadas la miseria y el hambre de algunas personas?

Ayer presencié una escena conmovedora entre un honrado prestamista que usaba sombrero de esos de aldeana francesa y el caballo meditabundo de un coche de alquiler.

Al pasar por una de las paradas de carruajes, el caballo mencionado descubrió al transeunte y devoró el sombrero en cinco minutos.

Después relinchó como diciendo:

—Anda, ponte sombreritos de paja.

Eduardo de Palacio.



RECUERDO QUE OFENDE

Murió... No llores su suerte, pues para mujer tan buena la vida es siempre una pena que se acaba con la muerte. Murió del pesar profundo de ver perdido su anhelo, y devolvió al cielo, el cielo que trajo su alma á este mundo. Te quiso... ¡Qué gran dolor para la que fué tan pura que, amándote con locura, murió de asco de tu amor! Ansioso tú de un placer que ella no podía dar, la mataste, por tratar al ángel como mujer; y ahora, al ver en el abismo belleza que fué tu encanto, le das á la muerte el llanto que destila tu egoísmo. Sin duda piensas que así queda la deuda saldada, y que aquella desgraciada que supo, huyendo de ti, morir de la enfermedad más terrible para el bueno, de una convulsión del cieno que ataca á la honestidad, viendo que muerta la adoras más que la adoraste en vida, recoge y guarda afligida las lágrimas que tú lloras... ¡No, locol... Como tu mente, más que el recuerdo infinito de un amor casto y bendito, guarda la imagen ardiente de la carnal hermosura que no pudiste gozar, ella debe despreciar memoria que es tan impura. Y aumentará su dolor, que ya en vida fué tan fuerte, el ver que ni con la muerte pudo transformar tu amor.

Luis de Ansorena.



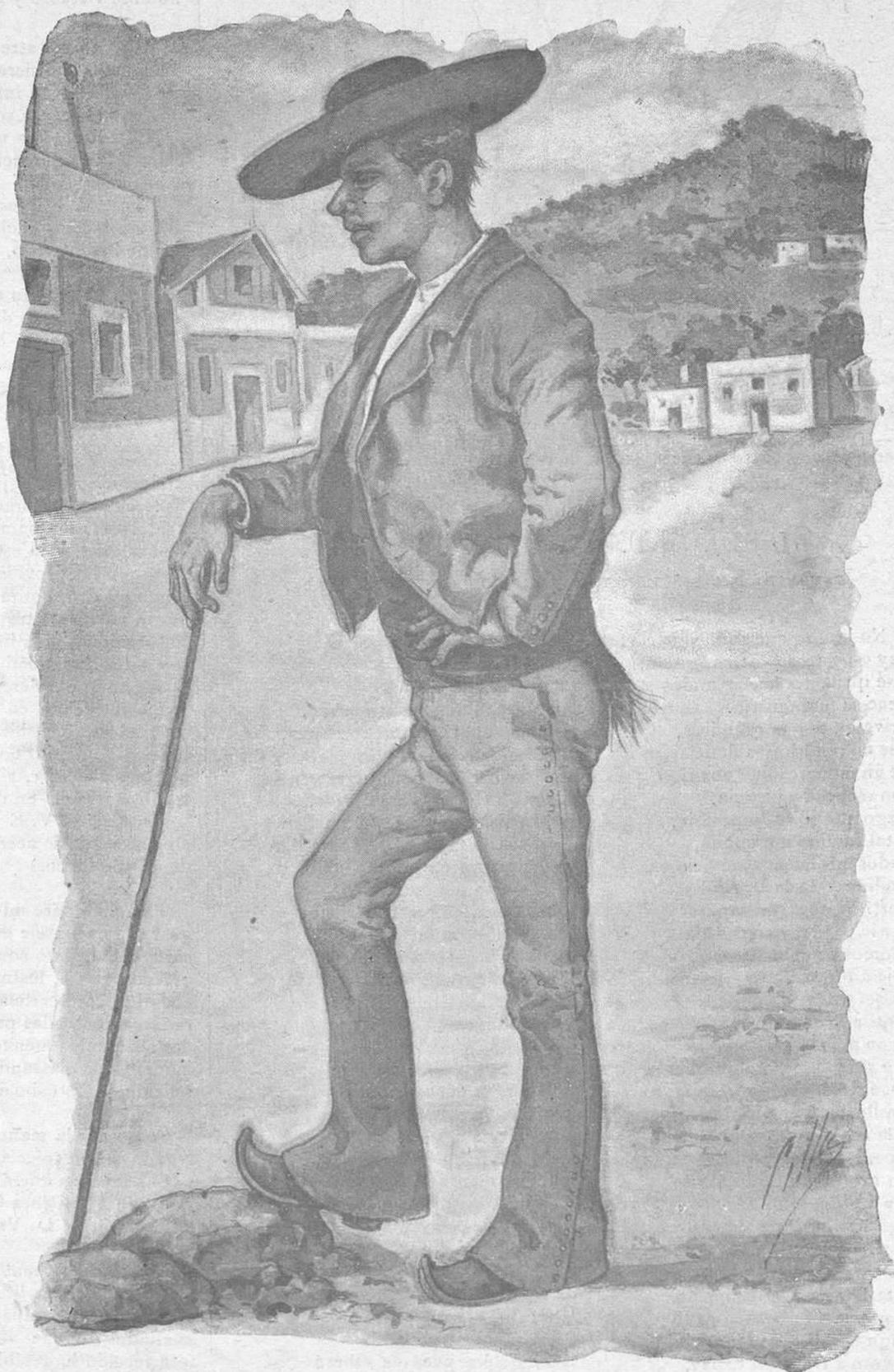
Fruslerías.

Que tu nombre es muy bonito me dices á todas horas. Está bien, pero te advierto que el nombre no hace á la cosa.

¿Conque te vas á un convento? Haces b'en, porque á tus años se presenta este dilema: «Herrar ó quitar el banco».

Claudio Lozano.

Tipos portugueses.



Un chulo de la tierra.

LA PRENSA EN PORTUGAL



—O pavoroso fantasma da revolusao, terror do governo, asoma as suas extremidades en todas as encrucixadas do reino lusitano...

AL SEÑOR D. ANGEL R. CHAVES

FAVORITO DEL SEÑOR REY D. FELIPE III QUE DIOS GUARDE.

No ignoro que aquí en la corte hay espectros y astros brillan, y sé que entre los segundos tiene su plaza usiría. Privado, por su grandeza, que no por glorias ficticias, de un monarca que nos rige con rectitud y justicia, juzgo que no es imposible, si tal sombra me cobija, dados mis buenos servicios, medrar en la corte y villa. Vertí gustoso mi sangre por la patria, y cierto día á lomos de un mal jamelgo dejé á Flandes por Castilla, y aquí estoy con el pellejo ventilado como criba y con más chirlos y rotos que gregüescos de golilla. ¿Qué sirve mi ejecutoria, tan ilustre como limpia, si la escupen haraganes y paniaguados la pisan? Yo no soy un lindo al uso con valona retorcida y embutido entre damascos, esencias, lazos y cintas. No ensayé genuflexiones ante Lerma y su cuadrilla, ni proclamé á voz en grito las pragmáticas de un quídam, y ¡voto á Dios! mi tizona, frecuentemente teñida en empresas harto nobles, en Ostende y en Malinas,

se resistió á dar un golpe apoyando la codicia de bergantes palaciegos que deshonran cuanto miran, y heme aquí, por mi conducta, que supongo clara y limpia, maldiciendo de mi nombre, de mi historia y de mi vida, y al pensar que los que pueden con sus desprecios me humillan y por ser yo un pobre diablo á su gusto me esclavizan, ganas me dan ¡voto á Cristo! de abandonar mi hidalguía y servir á un Monipodio sin más ley que su pericia; hacer competencia á Caco en ventorros y hosterías y coser mi ejecutoria, cual remiendo, en mi ropilla; sorprender en callejones, pinchar á vuelta de esquina y maldecir del privado, del monarca y de la villa, pues no han de faltarme coymas que me halaguen y sonrían si ven mi bolsa empedrada con bustos del que nos rija. Os juro, señor, que estuve, porque el hambre me vencía, á punto de convertirme en Roldán de pacotilla, y lo hiciera, pues me sobran para ello tacto y pericia, á no recordar virtudes que vuestro nombre publican.

Valedme, pues, si es que sirven mis actos de garantía, y pensad antes que deben,

si hay honradez y justicia, para los tercios de Flandes ser los cuartos de Castilla.

Manuel Revilla Castán.

CHISMES Y CUENTOS

OTRA CARTA ABIERTA

Excmo. Sr. D. Marcelo Azcárraga, presidente del Consejo de ministros y ministro de la Guerra: Me atrevo á dirigirle la presente porque, entre los elogios un tanto molestos (y ya diré por qué) que le dedica á diario la mayoría de mis distinguidos colegas, confío en que no le sabrá mal este pequeño refrigerante que le anime y conforte en la confusión y atollamiento, hijos de su modestia más que de otra cosa, que le producen los deberes del cargo que de repente se le ha echado encima.

Todos dicen que es V. E. un hombre integérrimo, digno, formal, activo, serio, honrado y bueno, en una palabra, y por consiguiente incapaz de dirigir la política española, que por lo visto no requiere más que pillería, doblez, mala intención y malas artes. Y se hartan de asegurar en todos los tonos que el Gobierno puesto en manos de V. E. no es viable, no puede pasar de interino, y urge su pronta descomposición para que el poder pase á manos más hábiles...

No crea V. E. una palabra. Y ya que la iniciativa regia le ha entregado las riendas del Estado, sujételas con mano firme y reténgalas cuanto tiempo pueda, que más puede hacer, ahora y siempre, por el bien del país un hombre virtuoso y enérgico que un granuja listo.

Y ¿cómo me atreveré á hacer eso, me preguntará V. E., si los elementos con que quisiera contar como auxiliares me abandonan y se disgregan, me envuelven en intrigas á que no estoy acostumbrado, me tienden lazos que desconozco y socavan traidoramente el terreno que piso?

¿Cómo? De una manera muy sencilla. ¡Bárralos V. E., anúlelos, redúzcalos á la impotencia, vuélvalos á la oscuridad, de donde no han debido salir nunca!

Tenga V. E. presente que esos charlatanes de la política no tienen más que un apoyo ficticio, el de los caciques á quienes sirven en sus ambiciones de campanario, y el de los paniaguados entre quienes reparten prebendas y destinos.

V. E. en cambio tiene á su lado, para ayudarle eficazmente en las necesarias operaciones de saneamiento y limpieza, la enorme masa no corrompida de la Nación, harta de palabrería gárrula y de polilla que le echa á perder la ropa, y además de la masa algunos millares de bayonetas y algunos centenares de cañones, que ahora y siempre son, han sido y serán la suprema razón de Estado.

Fijese V. E., para saber á qué atenerse respecto á lo que aquí se llaman partidos, en que el jefe del liberal, D. Práxedes Mateo Sagasta, hizo no hace mucho declaraciones importantes respecto á la Isla de Cuba, á la cual prometió una autonomía mucho más amplia que la de las reformas de Cánovas, y en este sentido mandó á sus ayudantes á charlar más de lo justo por las provincias, donde por cierto las tales declaraciones sentaron como un tiro, porque para ese viaje no necesitábamos empréstitos onerosos ni envíos de tropas. Fijese en que hace pocos días ha echado á volar un periódico bien informado la especie de que el Sr. Sagasta, enterado de que no sería llamado al poder mientras sostuviera ese programa, porque la regente no quiere mermar poco ni mucho la soberanía de la patria que le fué entregada en depósito, se apresurará á rectificar oportunamente quitando todo el hierro posible á lo de la autonomía. Es decir, que su primera opinión no era sincera, sino un medio de alcanzar el poder, que afectaba rechazar, y una vez convencido de que le servía para todo lo contrario, no vacila en desecharla.

¿Qué quiere V. E. que piense la nación de quien así cambia de convicciones, según se acerca ó se aleja la posibilidad de repartir credenciales, dietas y estancos?

Tampoco pare mientes V. E. en lo que, respecto á la política y á la guerra, le aconseje ese buen D. Arsenio, hombre honrado y de buena fe á carta cabal, pero con quien han jugado siempre los señores políticos á quienes, servía, lealmente, y á cuya manía de contemporizar y atraer al enemigo con caricias y halagos correspondieron los insurrectos preparando emboscadas para asesinarle, quemando ingenios, macheteando los destacamentos menudos en que había dividido inocentemente un ejército numeroso, y paseando impunemente, á las órdenes de Maceo, la bandera rebelde de un cabo á otro de la isla.

Como por la mano venimos á parar á uno de los puntos que más desasosegado deben traer á V. E.: al relevo de Weyler.

Los mismos que amenazaban nada menos que con la revolución si no se destituía á Martínez Campos por hacer la guerra con dulzura, piden ahora la dimisión de D. Valeriano por su crueldad con los desdichados mam-bises.

Sin tener en cuenta que el general, antes de salir de la Península, prometió pacificar la isla (dejando aparte las partidas de bandoleros que son secuela de las campañas) en el plazo de dos años, plazo que termina á mediados del que viene. Hasta la fecha, sería injusto no confesar que la insurrección ha recibido rudísimos golpes y que no es ni sombra de lo que era, gracias al sistema de matar gente y de asolar los campos, y á pesar de las exageradas complacencias del Gabinete anterior con nuestros buenos amigos los yankees.

La prensa en España.



- ¿Trae folletín?
 —Sí, señor.
 —¿Trae carta de Rusia con los festejos?
 —Sí, señor.
 —¿Trae telegramas de provincias con los funerales de Cánovas?
 —Sí, señor.
 —Pues dame un veinticinco para leerme todos los ejemplares uno detrás de otro.

Calixto García y Máximo Gómez no dan razón de sus personas; aquellas correrías incendiando cañaverales han concluido; ya no vuelan los trenes ni se asaltan poblados, ni se sorprenden convoyes todos los días, y la guerra se reduce á escaramuzas insignificantes que demuestran el desastroso estado de la rebelión... Justo es, pues, esperar la terminación del plazo fijado. Cuando expire, si las promesas no se han cumplido, es cuando el partido conservador debe abandonar el poder y cuando Weyler debe dimitir. Hasta entonces, de ninguna manera.

Porque ¿quién va á ir ahora á sustituirle? ¿Blanco ó Martínez Campos, que se dejaron comer materialmente por los insurrectos? ¿Otro general con plan distinto y los refuerzos indispensables, y un par de meses para prepararlo y otro par de años para ver lo que resulta? ¡Antes ceguemos que tal veamos!

¡Ah! Y por supuesto nada de libertades, ni de reformas, ni de autonomías. Si se decide V. E. á tomar alguna determinación en este sentido, hágalo... restableciendo las leyes de Indias, despóticas, brutales, duras, pero absolutamente necesarias para conservar las colonias, como ha demostrado la experiencia.

Si le obligan á dirigir alguna advertencia á Weyler, hágale la de que apriete las clavijas hasta exterminar las raíces del separatismo. Y ríase V. E. de los que le aconsejen blandura, perdón y diplomacia en nombre de la humanidad y de la religión de nuestros mayores.

Dios decía á los capitanes del ejército de Israel: «Entrad en aquella ciudad y no dejéis piedra sobre piedra, y pasad á cuchillo á todos sus habitantes, hombres, mujeres y niños, y no dejéis con vida ni á los animales domésticos».

¡Y no vamos á ser nosotros más clementes y misericordiosos que Dios, que es todo clemencia y misericordia, porque eso sería hasta pecado mortal, si á mano viene!

Que es lo que debe contestar V. E., ó el Gobierno que V. E. preside, á ese Mr. Woodford, de quien se habla estos días con el mismo terror que si se tratara del coco que se come á los niños crudos (¡da vergüenza, hombre!), en cuanto formule la reclamación más insignificante. Dándole además á entender, aunque sea por señas, que España no ha tolerado

jamás, ó no ha debido por lo menos, que en sus asuntos se mezclen los extraños, porque las veces que lo ha permitido les ha tenido que dejar carne entre las uñas.

Y si es cierto, como dicen, que viene á amenazar á V. E. con la intervención... no le deje acabar la palabra, y en cuanto diga *inter...* tápele la boca con los pasaportes y mande venir á escape al Sr. Dupuy, que para el caso que le hacen, lo mismo da que esté allí que en Villafranca de los Barros.

Y no tenga V. E. miedo á un conflicto. Así, demostrando entereza y riñones, es como no viene.

Dirá V. E. á todo esto: Pero ¿cómo me meto yo en aventuras si el país está esquilado, pobre, asustado por lo porvenir y anonadado por la gravedad de las circunstancias?

No haga V. E. caso de esas voces que hacen correr cuatro pusilánimes. ¿Ha visto V. E. en su vida un verano más alegre y más divertido que éste?

La Nación sostiene dos guerras, cubre cuantos empréstitos la piden, y la aristocracia en masa se divierte recorriendo el mundo; la clase media acude en tropel á los balnearios, á los montes y á las playas á solazarse y desentumecerse, y el pueblo llena los trenes botijos, y las plazas de toros, y las verbenas, y los feriales y las romerías. Hay más corridas que nunca, con más bullicio y más animación que nunca y con los billetes más caros que nunca...

Y pida V. E. un empréstito de mil millones y se cubrirá con exceso, y pruebe á improvisar una escuadra formidable y se hará en un año, y llame á las armas quinientos mil hombres más y saldrán de entre las piedras.

Sin que por eso se suspendan las corridas de toros, ni se supriman los bailes públicos, ni se nuble la alegría que corre y estalla por toda la Península como un reguero de pólvora.

Una nación que así desprecia su dinero y su sangre es invencible, es eterna. Necesita no más lo que no ha tenido casi nunca. Un hombre que la guíe, un carácter entero, enérgico y viril que la afiance en la idea de su poder y la aliente en la de su dignidad, y la dé el ejemplo con sus virtudes...

Ese hombre puede ser V. E.
 Ánimo y á ello, que la ocasión se presenta una vez en la vida.
 Y... ¡á la orden, mi general!

Postdata. Después de escrita la anterior me enteró por los periódicos, de que ha sido denunciado el *Palique* de *Clarín* publicado en el número anterior.

Bien hecho. Á nosotros nos pasa lo que á V. E. Nos achuchan y nos molestan por tener verdadero patriotismo, buena fe y sentido común.
 Lo dicho, mi general. Dedíquese V. E. al saneamiento.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. M. F. E.—Durilla de pelar, porque los asuntos pican que rabian.

A. B. Cillo.—Comprendo que esté usted trastornado por las circunstancias difíciles que nos rodean, pero no hasta el punto de empezar á describir una tempestad del modo siguiente:

«Semejante al león cuya melena
 sacude airado con constante gesto
 con rugido terrible y deshonesto
 canta con débil voz cual Juan de Mena...»

¿En qué quedamos, es rugido terrible ó es débil voz? ¿Y dónde está la prueba de que Juan de Mena cantaba con voz débil?

Sr. D. M. C.—Tiene usted razón: la composición es muy sencilla, ¡demasiado sencilla!

Sr. D. M. R.—Por ser cortita, y por estar destinada á un abanico, voy á copiarla:

«Te conocí, hermosa mía,
 en noche de gran calor.
 ¡Oh, secretos del amor!
 desde aquel mismo día
 te quiere mi corazón.»

Pero, con permiso de usted, el querer á una hermosa desde que se la conoce, aunque haga mucho calor, no es ningún secreto misterioso ¡Es la cosa más corriente del mundo!

Sr. D. A. R.—Como mal no está, pero pertenece á un género pasado de moda. Porque las letrillas, más ó menos disimuladas, están mandadas retirar hace mucho tiempo.

Espartaco.—No está muy clara la idea, que aunque lo estuviera siempre sería poco interesante.

Sr. D. H. N.—De las incongruencias digo lo que de las letrillas, ¡vade retro! Porque suelen tener una gracia patosa que ¡ya, ya!

Chico de limón.—No tiene saliente ninguno. Además, se le ha escapado á usted un verso largo, de los que no tienen remedio.

Methilo.—La poesía es demasiado elevada para un periódico festivo.

Lagartijo.—¡Ay! ¡qué flojita es, caramba!

X. X.—¡Hombrel! está bien eso de remitirme una composición mía á ver si la acepto! Puesto un niño de cuatro meses á inventar una diablura, no inventa otra.

Sr. D. J. B. C.—Pues si ya está publicada en otros periódicos, ¿cómo quiere usted que se publique? A ese paso, podríamos confeccionar el número con las tijeras.

Pseudónimo.—Vulgarísimo el asunto.

Plumeros.

Cepillos.

Gamuzas.

Completo surtido.

Precios ventajosos.

HIJOS DE M. GRASES.—Fuencarral, 8.

PEDID
 CONSERVAS DE CARNES, AVES, PESCADOS
 DE MAR Y RÍO
 Y MARISCOS

Marca LA NOYESA

DE J. CAAMAÑO Y C.^ª

De venta en todos los ultramarinos.

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
 COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE

Málaga.—Manzanares.

CHOCOLATES Y CAFÉS
 DE LA
COMPANÍA COLONIAL

TAPIOCA—TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL
 CALLE MAYOR, 18 Y 20
 MADRID

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

Precios de suscripción.

MADRID.—Trimestre: 2,50 pesetas; semestre: 4,50; año: 8.

PROVINCIAS.—Semestre: 4,50 pesetas, año: 8.

EXTRANJERO Y ULTRAMAR.—Año: 15 pesetas.

En Provincias no se admiten por menos de seis meses y en el Extranjero y Ultramar por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles y certificando en este último caso la carta.

Precios de venta.

Un ejemplar, con el suplemento correspondiente, 15 céntimos.

△ corresponsales y vendedores, 10 céntimos cada ejemplar.

Un suplemento, 10 céntimos.

△ los corresponsales, 6 céntimos.

Los ejemplares de números atrasados se servirán sin aumento alguno de precio.

Á los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el envío del paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

Redacción y Administración: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

Despacho: Todos los días de 10 á 2 y de 4 á 6.

MADRID.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 sup.º